



REPARACIÓN MUNDIAL A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA. INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

I. INTRODUCCIÓN

En este día la Iglesia celebra el Inmaculado Corazón de María, Corazón lleno de gracia, donde todo lo guardaba y meditaba. Corazón que, sin cansarse, nos llama a la conversión y nos conduce hasta el Corazón Sacratísimo de su Hijo Jesús, donde encontramos la salvación.

Recordando las palabras que Jesús dirigió a Sor Lucía: *“Ten compasión del Corazón de tu Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos continuamente le clavan sin haber quien haga un acto de reparación para arrancárselas”*, hoy y siempre queremos reparar tu bendito Corazón, Madre, y pedirte que intercedas por nosotros, pobres pecadores.

II. EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO

III. FELICITACIÓN Y SÚPLICA (oración de la Natividad de la Santísima Virgen y felicitación sabatina)

Dios te salve, Hija de Dios Padre; Madre de Dios Hijo; Esposa del Espíritu Santo; Dios te salve, Templo de toda la Trinidad.

Vuestro nacimiento, Oh Virgen Madre del Hijo de Dios, anunció la alegría al mundo, porque disteis a luz al Sol de Justicia, Jesucristo Nuestro Señor, el cual confundiendo a la muerte nos dio la vida eterna.

A toda la Santísima Trinidad alegrasteis con vuestro nacimiento; al Padre por haber nacido su amada Hija, al Hijo porque habías de ser su Madre, y al Espíritu Santo porque erais Su Esposa.

Vos sois la nueva Eva, Vos más hermosa que Raquel, más fecunda que Lía, más casta que Susana. Porque sois aquella Mujer vestida de sol y coronada de estrellas, que tiene la luna bajo sus pies, y aquel Arca de acacia cuyo interior, forrado de oro purísimo, es reflejo de todas las virtudes con que Dios os adornó.

Feliz aquel día en que apareció tan bella Aurora. Dichosos los siglos que han seguido al día esplendoroso de vuestro nacimiento.

Oh Inmaculada, os damos mil parabienes uniendo nuestras alabanzas con las de todos los espíritus celestes y de los justos de la tierra, por el gran privilegio de vuestra Concepción Purísima. Y por la suma complacencia que disteis en vuestro primer instante a la Santísima Trinidad, os suplicamos aceptéis estos pequeños obsequios en compensación de los agravios que vuestro Divino Hijo y Vos recibís.



Ponemos confiadamente en vuestras manos las necesidades de la Iglesia y de nuestra sociedad, y os pedimos por el Santo Padre, por la transmisión de la fe en los pueblos, la destrucción de todos los errores e idolatrías, y la conversión de los pecadores.

Os suplicamos también nos concedáis a todos un grande amor a Jesús y un afecto filial hacia Vos y el don precioso de la perseverancia final.

Todo lo dejamos en vuestras manos, y del todo nos consagramos a Vos.

IV. MEDITACIONES SOBRE LOS DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

MEDITACIÓN: La profecía de Simeón en la Presentación del Niño Jesús en el Templo de Jerusalén.

Del Evangelio según San Lucas 2, 34-35

«Simeón... dijo a María, su madre: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

Meditación (Del Libro “Los Hijos del dolor de María” del P. Maestro Vicente María Gregori)

Recordando las palabras de Malaquías: «He aquí que entrará en su templo el Señor a quien buscáis..., he aquí que viene», vemos que se hacen realidad en este momento: entra por primera vez en su templo el que es su Señor. Dios sella la Nueva Alianza con su pueblo en Aquel que ha ungido y enviado al mundo, en su Hijo. El templo espera al Ungido, al Mesías. Y he aquí que entra, llevado por las manos de María y José. Entra como Niño de padres pobres, para cumplir las exigencias de la ley Mosaica. Oculto en su carne humana, nacido en un establo, sometido a la ley del rescate, como su Madre a la de la purificación.

Madre, tú no estabas sujeta a esta ley, porque habías concebido por virtud del Espíritu Santo, dando a luz al humanado Verbo sin detrimento de tu virginal pureza... antes bien, este nacimiento trae la purificación del mundo. Pero cumplido el tiempo señalado, quisiste cumplir esta ley y servir justamente al cumplimiento de la promesa. ¡Eres un espejo sin mancha, y no rechazas en comparecer cual azucena entre las espinas! Tu purificación, así como fue una prueba singular de tu profundísima humildad, así es para nosotros una confusión muy debida a nuestra soberbia.

Breve pausa

Tú llevabas en brazos al Hijo del Eterno Padre, al primogénito de toda criatura, a tu Hijo, para ofrecerlo. Ibas a ejecutar con las manos lo que habías determinado con la voluntad. Ciertamente fue aquí heroica tu virtud y humildad, pues decides mirar a



tu amado Hijo ultrajado, herido y muerto como habría de estarlo después en el Calvario. Te conformaste a la voluntad del Padre; pues, de la misma forma que el Padre no quiso que el Verbo divino se encarnase sin tu consentimiento, así también, sin él, no quiso que derramase su Preciosísima Sangre. ¡Qué diferente es nuestra conformidad con la Voluntad divina en las cosas contrarias a nuestro gusto!

Madre, tú fuiste la ley, ofreciendo a la Majestad del Altísimo, juntamente con los tormentos de Jesús, tus penas y aflicciones; fuiste la oblación, uniendo a la Sangre de Jesús tus lágrimas y dolores para la remisión de nuestros pecados; fuiste la hostia, que de este modo ves aplacada la ira de Dios contra el hombre; y fuiste el holocausto, viendo que con este medio sería glorificada la Majestad divina.

Canto

El Espíritu del Señor condujo al Templo al santo profeta Simeón. Apenas tomó en sus brazos al dulce Niño, con la faz resplandeciente de gozo, entonó un cántico de regocijo y agradecimiento a Dios. Pero luego, volviéndose a ti, Madre, afligido, te dijo: «Y a ti una espada traspasará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones».

¡Qué penetrantes palabras! ¿Qué fue de Vos, Madre? ¿qué sufrió vuestra alma al oírlas, y al ver en ellas como en un espejo cristalino toda la Pasión que habría de sufrir vuestro Hijo?... Porque tú conocías las Sagradas Escrituras, e ilustrada de la gracia, sabías de la acerba Pasión que habría de padecer, y es por ello que tuviste siempre traspasado el Corazón de dolor, pudiendo repetir junto a tu Hijo: “mi dolor está siempre ante mí”.

La espada del dolor estaba como envainada, más cuando Simeón la sacó, y la presentó ante tus ojos, te descubrió claramente que muchos, aun de la gente más principal de Judea, escribas y fariseos, se amotinarían contra Él.

Breve pausa

Aquí se presentaron a tu espíritu los tumultos y las maldiciones, viste injuriada la sabiduría de tu Hijo; las lenguas de los hebreos que, a manera de espadas, calificarían su doctrina como blasfema; viste cómo estas calumnias se convertirían después en duros clavos que lo crucificarían... ¡Qué dolor tan profundo no sentirías, Madre!, pues amabas la sabiduría de Jesucristo mucho más que la han amado todos los santos juntos.

Así, siempre que mirabas a tu Hijo, que lo envolvías en pañales, quedabas absorta en tu alma en un nuevo dolor, porque pensabas cómo habría de ser crucificado. Sufrías al prever la gran ingratitud de los hombres para con los beneficios de tu Hijo. Le considerarán hombre vil por tratar con los pecadores para convertirlos; profanador del día festivo, porque en él dará salud a un paralítico; arrojará multitud de demonios, y será tenido por endemoniado...



¡Oh Virgen! Esta fue la espada que penetró profundamente vuestra alma, y con amor infinito lo sufristeis todo.

Pero, ¿Quién fue el que fabricó tan despiadada espada que hirió, al mismo tiempo, al Hijo y a la Madre?... fuimos nosotros, fueron nuestros pecados. Por eso humildemente os suplicamos, Reina del Cielo, nos alcancéis la gracia de que nuestro corazón quede traspasado con la espada de dolor de nuestras culpas, para volvernos sinceramente a Vuestro Hijo... Él, que es el Camino, la Verdad y la Vida.

Canto

MEDITACIÓN: JESÚS MUERE EN LA CRUZ Y LA LANZA TRASPASA SU CORAZÓN.

Del Evangelio según San Juan 19, 26-27

«Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre».

Meditación (Del Libro “Los Hijos del dolor de María” del P. Maestro Vicente María Gregori / Meditaciones espirituales sobre los misterios de la Pasión de Cristo Nuestro Señor, del venerable Padre Luis de la Puente, SJ)

Virgen purísima, tú bebiste el cáliz de la Pasión que Cristo ofreció a los hijos del Zebedeo, y fuiste sumida en el mar amargo de las tribulaciones, de modo que se pudo decir de ti: “Grande es como el mar tu aflicción”.

Pero uniste a tus terribles aflicciones admirables ejercicios de virtudes. La primera, fue la altísima conformidad a la divina voluntad, negando la tuya natural. La segunda, fue profundísima humildad, no huyendo los desprecios sino abrazándolos, gustando de manifestarte por Madre del que tantos desprecios padecía. La tercera, fue gran fortaleza y magnanimidad, proporcionada a la sublime condición de Madre de Dios, permaneciendo en pie junto a la cruz de tu Hijo, deseando se te ofreciese ocasión de padecer por quien tanto padecía por ti. La cuarta, fue encendidísima caridad hacia los hombres, incluso hacia los mismos enemigos de tu Hijo, sin que sus crueldades te moviesen a indignación, sino antes a compasión, doliéndote de los pecados que hacían y rogando a Dios por ellos.

Breve pausa

Después que Jesús te hubo encomendado al discípulo amado, de haber manifestado la gran sed por nuestra salvación y probado el abandono del Padre, cumplidas en sí todas las Escrituras, dando una gran voz... expiró. Clamó con fuerza para hacer saber que quiso entregar su vida, y muriendo inclinó su cabeza para significar su obediencia al Padre y a ti, que lo habías ofrecido en el Templo, y darnos a entender la gravedad del pecado.

La virtud divina te sostuvo, y probando el dolor de la muerte de Jesús, no moriste; y así, el dolor en tu alma se hizo más cruel, pues hubiera sido la muerte mejor que la vida.



Será siempre débil toda expresión que intente explicar la pena que tuviste, no habrá entendimiento que pueda penetrar su profundidad, porque no hay proporción entre el dolor que manifestaste con tu llanto, y el que tenías oculto en tu Corazón. Llamarte mártir no basta.

Canto

Rogaron los judíos a Pilato mandase quebrar las piernas de los crucificados y quitarlos de la cruz, porque no estuviesen en ella el día siguiente, que era fiesta muy solemne. Vinieron, y viendo que Jesús estaba muerto, no se las quebraron, en cumplimiento de la Escritura: «No le quebrarán un hueso»

Entonces, enarboló el soldado Longinos su lanza, y enfilándola contra Jesús, le abrió su divino costado. Este insulto hecho a Tu Hijo, fue peor que la misma cruz, porque hirió su cuerpo en la parte más principal, que es el Corazón; y aunque Su cuerpo recibió la herida, no sintió dolor, pero lo sintió grandísimo tu alma, oh Virgen purísima.

En verdad, Madre, esta fue la espada que Simeón predijo en el Templo de Jerusalén, y desde aquel momento, en que te hizo conocer tal cosa, tú uniste tu vida a la misión dolorosa de tu Hijo, convirtiéndote en su fiel cooperadora para la salvación del género humano.

Breve pausa

Cristo no se contentó con que su espalda fuese abierta con azotes y sus manos y pies con clavos, sino que también quiso que su costado fuese abierto, para así descubrirnos la infinita caridad que nos tiene, y cómo todo cuanto había hecho y padecido por nosotros había sido por puro amor, como si dijera aquello de los Cantares: “Me has robado el corazón, hermana mía, esposa.” De aquí, de esta herida de la lanza, de su Sagrado Corazón, nació la Iglesia, su Esposa... así como del costado de Adán fue formada Eva... Y Tú lo sufrías y ofrecías todo como Madre nuestra.

¡Oh Virgen purísima!, Vos que fuisteis la primera que como paloma volasteis a los agujeros de estas Llagas, pedid a vuestro Hijo nos admita dentro de ellas. ¡Oh Pastor soberano!, que sois la puerta por la cual entran vuestras ovejas y hallan pasto de vida eterna, tened por bien que entremos por la puerta de vuestro costado, para hallar pasto de luz y amor con que apacentar nuestras almas.

Silencio y canto

V. ORACIÓN DE REPARACIÓN AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

¡Oh Inmaculado Corazón de María, traspasado de dolor por las injurias con que ultrajan vuestro santísimo nombre y vuestras excelsas prerrogativas! Venimos arrepentidos y con ánimo de resarcir los ultrajes e ingratitudes que los hombres dirigen contra Vos.



Aceptad esta pequeña demostración de nuestro amor, junto con el firme propósito de seros fieles en adelante, de salir por vuestra honra cuando la veamos ultrajada y de propagar vuestro culto. Concedednos que crezcamos en vuestro santo amor, hasta verlo consumado en la gloria. Amén.

CINCO AVEMARÍAS EN DESAGRAVIO Y SÚPLICA

1. ¡Madre Nuestra amorosísima! Perdón y desagravio por la frialdad de tantos corazones en amaros, especialmente los consagrados al servicio de vuestro Hijo; por aquellos que os ridiculizan y niegan vuestras excelsas prerrogativas; y por las blasfemias e ingratitudes con que hieren vuestro Corazón.

¡Madre Bendita!, Os pedimos por la Santa Madre Iglesia, para que sea siempre Esposa fiel de Jesucristo; por todos los que están endurecidos en su corazón y deambulan en las tinieblas del pecado, para que vuelvan a Dios en el Sacramento de la Confesión.

Avemaría

2. ¡Azucena purísima, nacida entre los abrojos de este valle de lágrimas! Perdón y desagravio por las injurias de aquellos que dudan y atacan vuestra santísima Virginitad; por los pecados de impureza, las modas indecorosas, las conversaciones, diversiones y espectáculos contrarios a la Ley de Dios.

¡Madre bendita!, os pedimos que la humildad y pureza reinen en el mundo.

Avemaría

3. ¡Rosa fragantísima que embalsamas los cielos! Perdón y desagravio por los pecados contra la dignidad del matrimonio y la familia, y por los pecados contra la vida.

¡Madre Bendita!, Concédenos la gracia de redescubrir y seguir el plan de Dios en nuestras vidas, y que, reinando vuestros Sacratísimos Corazones en cada familia, sean fuente de santidad para el mundo.

Avemaría

4. ¡Inmaculada Reina, pilar firmísimo de nuestra fe! Perdón y desagravio por la indiferencia y tibieza en la fe, por avergonzarnos del Nombre de vuestro Hijo, por aquellos que son indiferentes o desprecian vuestro culto, y por los que infunden este desprecio en los corazones de los niños.

¡Madre Bendita! Concedednos la gracia de una fe firme, esperanza cierta y caridad perfecta. Así mismo os pedimos nos protejáis bajo vuestro manto de las insidias del maligno, especialmente a los jóvenes y los niños.

Avemaría

5. ¡Aurora esplendorosa del Sol de Justicia! Perdón y desagravio por los que cometen actos sacrílegos contra vuestro Hijo en el Santísimo Sacramento, por las irreverencias y profanaciones que se cometen en los Templos, y especialmente las de vuestros altares e imágenes sagradas.



¡Madre bendita! Concedednos la gracia de reconocer que vuestro Hijo está verdaderamente presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad en la Eucaristía, para amarle cada vez más.

Avemaría

VI. LETANÍAS AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

Señor, ten piedad / R. Señor, ten piedad

Cristo, ten piedad / R. Cristo, ten piedad

Señor, ten piedad / R. Señor, ten piedad

Cristo, óyenos / R. Cristo óyenos

Cristo, escúchanos / R. Cristo escúchanos

Dios, Padre celestial / R. Ten piedad de nosotros

Dios, Hijo, Redentor del mundo, ...

Dios, Espíritu Santo, ...

Santísima Trinidad, que eres un solo Dios, ...

Corazón de María, siempre Inmaculado, R. ruega por nosotros

Corazón de María, lleno de gracia, ...

Corazón de María, bendito entre todos los corazones, ...

Corazón de María, sagrario de la Santísima Trinidad, ...

Corazón de María, el más semejante al de Jesús, ...

Corazón de María, en quien tuvo Jesús sus complacencias, ...

Corazón de María, abismo de humildad, ...

Corazón de María, modelo de paciencia y mansedumbre, ...

Corazón de María, asiento de la misericordia, ...

Corazón de María, incendio del divino Amor, ...

Corazón de María, océano de bondad, ...

Corazón de María, milagro de la pureza e inocencia, ...

Corazón de María, espejo de las divinas perfecciones, ...

Corazón de María, donde se formó la Sangre de Jesucristo Redentor, ...

Corazón de María, que aceleras con tus ansias la salvación del mundo, ...

Corazón de María, que alcanzas la conversión de los pecadores, ...

Corazón de María, que conservas fielmente las palabras y acciones de Jesús, ...

Corazón de María, traspasado con la espada de dolor, ...



Corazón de María, afligidísimo en la Pasión de Jesucristo, ...

Corazón de María, clavado con Jesús en la cruz, ...

Corazón de María, sepultado de tristeza con Jesucristo, ...

Corazón de María, renacido de gozo por la resurrección de Jesús, ...

Corazón de María, lleno de inefable dulzura en la Ascensión, ...

Corazón de María, colmado de una nueva plenitud de gracias en la venida del Espíritu Santo, ...

Corazón de María, consolación de los afligidos, ...

Corazón de María, refugio de los justos y pecadores, ...

Corazón de María, esperanza y dulce sustentación de aquellos que os veneran, ...

Corazón de María, auxilio de los moribundos, ...

Corazón de María, júbilo de los ángeles y santos, ...

Corazón de María, Madre y amparo de la Iglesia, ...

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,/ R. Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,/ R. Escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,/ R. Ten misericordia de nosotros.

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R/ Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Oremos: Te rogamos, Señor, que nos concedas a nosotros tus siervos, gozar de perpetua salud de alma y cuerpo y, por la gloriosa intercesión de la bienaventurada Virgen María, seamos librados de la tristeza presente y disfrutemos de la eterna alegría. Por Cristo nuestro Señor.

VII. ORACIÓN DE CONSAGRACIÓN AL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA (basada en oración de consagración de San Maximiliano M. Kolbe)

¡Oh Inmaculada, Reina del cielo y de la tierra, refugio de los pecadores y Madre nuestra amantísima!

Nosotros, indignos pecadores, nos postramos a vuestros pies y ofrecemos y consagramos todo nuestro ser a vuestro Corazón Inmaculado. Os suplicamos os dignéis tomarnos como vuestro bien y vuestra propiedad. Que en vuestras manos inmaculadas seamos instrumentos que sirvamos para implantar y aumentar lo más posible vuestra gloria en tantas almas descarriadas y tibias. De este modo se extenderá cada vez más el Reino del Santísimo Corazón de Jesús; pues allí donde Vos entráis, obtenéis la gracia de la conversión y de la santificación, ya que todas las gracias fluyen del Sacratísimo Corazón de Jesús solo a través de vuestras manos. Amén.